

obstinan hasta el punto de no querer la instrucción y huir del guía que los reduce al camino recto, los cánones quieren que sean reprimidos por la potestad secular para impedir que arrastren á otros consigo al precipicio (1).»

De este modo Pelagio, tratando á los enemigos del quinto Concilio segun su negligencia en informarse de hechos mas ó menos accesibles á su noticia, tenia por inescusables á los obispos de Italia y de sus inmediaciones que podian instruirse fácilmente.

Entre los galos mas distantes de la luz, temian muchos, aunque de buena fé, que se hubiese vulnerado la decision del Concilio de Calcedonia, y que la doctrina misma del Papa Pelagio no fuese muy segura. Estos prelados manifestaron sin duda su temor al rey Childeberto, el cual envió á este Pontífice una persona distinguida para pedirle reliquias de los Santos Apóstoles, y mucho mas para asegurarse plenamente de su creencia. El enviado mismo se esplicó con bastante ingenuidad, como lo vemos por la respuesta de Pelagio, en la cual dice que Rufino (asi se llamaba este ministro de confianza) le habia representado con franqueza que debia haber hecho al principe una amplia y clara profesion de fé, ó á lo menos declarar que recibia en todo y por todo la carta de su santo predecesor Leon.

«En cuanto á este último artículo, continúa el Papa (2), hemos comenzado á satisfacer á él como el mas sencillo, y hemos suscrito de nuestra propia mano la declaracion hecha por Nos, de sostener con la ayuda del Señor el escrito de nuestro predecesor Leon á favor de la fé católica. Para no dejar ningun motivo de sospecha, hemos procurado satisfacer tambien al segundo artículo que el ilustre Rufino Nos ha pro-

(1) Pel. Epist. 3.
(2) Id. Epist. 20.

puesto. Asi pues, os enviamos la confesion de nuestra fé, la mas clara y mas espresa. Despues de este prelado y de haber manifestado su adhesion sincera á los cuatro primeros Concilios, da en efecto el Papa la declaracion mas satisfactoria sobre todos los puntos en que las preocupaciones contra el quinto Concilio podian dejar alguna sombra de temor; «aunque en esta asamblea, dice (y estas espresiones merecen particular atencion), nada se haya tratado que perjudique á la fé. Pero despues de la muerte de la emperatriz Teodora, añade, no hay ya disputa alguna ni aun en Oriente sobre la creencia católica (1).» De este modo aseguraba Pelagio, no que las cuestiones agitadas en el quinto Concilio no interesaban á la fé, sino que no la habian vulnerado.

En cuanto á las reliquias que el rey habia pedido, responde el Papa, que por respeto habia encargado á un subdiácono que las trasladase de Roma á Francia; prueba inconcusa y bien antigua de la gran veneracion en que se las tenia. Algun tiempo despues escribió á Sapaudo, arzobispo de Arlés, para cerciorarse de que el rey y los obispos de Francia habian quedado satisfechos con su profesion de fé. Le concedió al propio tiempo el pálio, y le nombró, como sus predecesores, vicario de la Santa Sede en todas las Galias. Habia ofrecido Sapaudo auxilios á los pobres de Roma, entonces mas numerosos que nunca despues de todos los saqueos de aquella capital del mundo. El Papa le recordó su buena voluntad, y le significó qué género de limosnas eran las mas necesarias en aquellas circunstancias. «Estad en nuestras provincias la miseria, dice Pelagio, que por todas partes se hallan gentes bien nacidas y en otro tiempo opulentas, en una desnudez que no puede verse sin quedar penetrados de dolor.»

(1) Tom. 1 Concilior. Gall. pag. 304.

Sapaudo habia presidido algun tiempo antes el quinto Concilio de Arlés, en el cual vemos que el gobierno general de los monasterios no era idéntico en todas partes. Asi los de hombres como los de mugeres estaban sujetos en esta provincia á la jurisdiccion del obispo diocesano. Los clérigos tenían prohibida la malversacion de los fondos, cuyo uso les hubiere otorgado el obispo, bajo la pena de disciplina, es decir, de castigo corporal á los clérigos jóvenes inferiores á los subdiáconos (1). Los demas cánones de este Concilio dirígense igualmente á la conservacion de los bienes eclesiásticos. Este fué tambien el objeto que se propusieron algunos otros Concilios celebrados por este tiempo. Tenia la Iglesia mucho que sufrir con los robos y usurpaciones que experimentaba bajo de unos soberanos semi-bárbaros, y de unas leyes harto mal establecidas para contener á sus súbditos aun mas codiciosos y mas bárbaros que ellos. De aquí provenian aquellas estrañas alternativas de vicios y de virtudes, de ejemplos admirables y de graves escándalos que afligian ó consolaban á la Iglesia, segun que los súbditos y los monarcas seguían los impulsos de la gracia ó se entregaban á los impetus de su natural ferocidad.

En el año 542 hicieron segunda vez la guerra en España los reyes Childeberto y Clotario (2). Sitiando la ciudad de Zaragoza y habiéndola estrechado vivamente, los habitantes imploraron los auxilios del cielo por la intercesion del ilustre mártir San Vicente, gloria y defensa de su patria. Ayunaron con el mayor rigor, y luego vistiendo de cilicio los hombres y las mugeres cubiertos de cenizas los cabellos, y cantando salmos todos juntos, llevaron al rededor de

las murallas la túnica del santo mártir. Los sitiadores creyeron al pronto que los sitiados hacian algun maleficio; mas habiendo sabido que imploraban contra ellos el auxilio de San Vicente, quedaron penetrados de un terror religioso que los desarmó. Childeberto rogó al obispo que viniese á hablarle, como lo hizo; y el rey, despues de haberle tratado con benignidad, le pidió reliquias del Santo, y con ellas se retiró contento.

Luego que estuvo de vuelta en París mandó edificar cerca de la ciudad una iglesia en honor de la santa Cruz y de San Vicente, para depositar en ella las reliquias del Santo mártir con una magnífica cruz de oro guarnecida de piedras preciosas que habia tomado á los godos en otra expedicion contra su rey Amalarico (a). Con este motivo fué edificada esta iglesia en forma de cruz, con un altar en cada uno de los cuatro extremos, y pasaba por uno de los mas soberbios edificios de las Galias. Pinturas en fondo de oro cubrian todas sus paredes; y la bóveda, adornada de relieves ricamente dorados, descansaba sobre columnas del mármol mas precioso. No causaba menos admiracion por la variedad de figuras que por la de colores el pavimento de mosaico; y el techo de cobre dorado, que despedía un resplandeciente brillo, era lo mas sorprendente para aquellos buenos franceses poco acostumbrados á semejantes espectáculos, por cuya razon dieron á este edificio el nombre de *iglesia de oro*. Estaba situada en el lugar de la que hoy se llama San German de los Prados, á causa de su primera situacion en una pradera, y de San German que regia entonces es-

(a) Esta cruz y considerable número de vasos sagrados con otras muchas preciosidades, fueron parte del botin tomado en la victoria que reportó Childeberto el año 531, segun digimos allí en la nota. (N. del E.)

(1) Tom. 5 Concilior. pag. 708 et seq.
(2) Gregor. Turon. lib. 3 hist. cap. 2; Gest. Francor. cap. 26.

ta diócesis. Este venerable prelado fué enterrado poco tiempo despues en el oratorio de San Sinfiriano á la puerta de esta iglesia, y mas adelante le trasladaron á la misma iglesia por veneracion. No se mostró menos magnifico Childeberto en la dotacion de este templo, proveyéndole abundantemente de rentas y de todo lo que era necesario para la magestad del culto divino. Encargó al santo obispo German que estableciese allí una comunidad de religiosos, y al momento lo verificó el santo prelado con tanta prudencia como celo. Escogió los primeros fundadores y la regla, que era la de San Antonio y San Basilio, en el monasterio de San Sinfiriano de Autun, cuyo fervor le era particularmente conocido porque habia nacido en aquella ciudad. Aproximándose la fiesta de Navidad, y hallándose ya en Paris muchos obispos para celebrarla con el rey, aprovechó German esta coyuntura para la dedicacion.

Pero Childeberto cayó peligrosamente enfermo, y murió el 23 de diciembre de este año de 558. Como el rey habia elegido su sepultura en esta iglesia, se agregó este nuevo motivo para proceder sin mas tardanza á su dedicacion. Hizola inmediatamente San German asistido de San Niceto ó Nisier de Lyon (que no se debe confundir con San Niceto de Tréveris), y de otros cinco obispos. Celebró el mismo día las exequias de aquel príncipe que, al levantar este monumento augusto de su piedad, no creia encontrar en él tan pronto su sepulcro; así como el humilde y santo obispo, dedicando este templo, no juzgaba tampoco consagrarle á su propia memoria. Atribúyese tambien al rey Childeberto la fundacion de la iglesia de San German de Auxerre, que es una de las parroquias mas distinguidas de Paris, pues es la del rey y de su familia.

Este príncipe fué sinceramente llorado de todos sus súbditos que le miraban como

á padre, en especial los pobres, en favor de los cuales se mostró liberal hasta con una especie de profusion. Como hubiese enviado un día á San German (muy semejante en esto al príncipe) una suma de seis mil sueldos de oro, que componen cerca de treinta mil pesetas, limosna prodigiosa para aquellos tiempos, el obispo repartió al instante quince mil (1). Viéndole poco despues el rey en el palacio, le preguntó si lo habia distribuido todo: respondió el obispo, que despues de haber socorrido las necesidades mas urgentes, habia reservado la mitad de un donativo tan cuantioso para los infelices que de nuevo pudiese descubrir. «Dad pronto lo que queda, dijo el rey, que con el favor de Dios no nos faltará que dar:» y mandando deshacer su vagilla de oro y plata, se la envió para que la repartiese. No fué menos liberal con la Iglesia ni menos celoso de la disciplina. Fundó quizá mas monasterios que ninguno de los demas reyes de Francia: cuidó de la celebracion de los Concilios: protegió de todos modos la Religion; y honró con su confianza y con muchos presentes á los santos obispos, y á los santos abades que un rey tan cristiano hizo florecer en todas las provincias de sus Estados. Tantas obras de piedad y beneficencia borrarón en el ánimo de sus súbditos la memoria de la atrocidad en que le precipitó su ambicion contra príncipes de su sangre, y hacen presumir con bastante razon que habia concebido todo el arrepentimiento necesario para borrarla á los ojos mismos del Soberano Juez.

Clotario, que quedó único rey de los franceses durante los dos años que sobrevivió á su hermano Childeberto, aunque no habia dado las mismas pruebas de virtud durante su vida, mostró algun tiempo antes de su muerte que se arrepentia de

(1) *Act. Bened. Tom. 1; pag. 234.*

sus pecados. Habiendo ido á San Martin de Tours, hizo á la iglesia grandes presentes, pidió al Santo con abundantes lágrimas que implorase á su favor la divina clemencia, y repasó todas sus culpas en la amargura de su corazón. Quiso ser enterrado como su padre Clodoveo y como su hermano, en una iglesia que él hubiese edificado, y eligió para esto la de San Medardo de Soissons, que él principió, y despues la concluyó su hijo Sigeberto. Dejó cuatro príncipes que dividieron de nuevo el reino, como lo habian hecho los hijos de Clodoveo. Fijó Chariberto su morada en Paris, Gontrano en Lyon ó en Chalons sobre el Saona, Sigeberto en Metz, y Chilperico en Soissons. De Clotario poseemos una ordenanza general, hecha en el tiempo en que era único rey de los franceses, en la que prohibia casarse con religiosas, contraer matrimonio con una viuda ó virgen contra su voluntad, y privar á las iglesias de lo que se les habia dado por testamento (1). Tambien ordena que se sentencien según las leyes romanas las causas entre los romanos, esto es, entre los galos naturales, cuyas familias se distinguan todavía de los bárbaros, francos, borgoñones ó godos, aunque todos eran cristianos y casi todos católicos en las Galias; pues no teniendo ya los borgoñones y los godos mas pastores que los ortodoxos, se habian agregado en masa á la verdadera Iglesia (a).

(1) *Tom. 3 Concilior. pag. 87.*

(a) Digimos ya en las notas anteriores que en España, á pesar de dominar en ella reyes arrianos, gozaban los católicos bastante libertad, pues les permitian el libre ejercicio de su Religion, la celebracion de Concilios, la eleccion y consagracion de nuevos obispos etc. Digimos tambien en la nota de la página 168, que muerto Amalarico en el año 531 fué elevado al trono Teudis ó Teudio, ostrogodo de nacion. Durante su reinado, quisieron los reyes de Francia Childeberto y Clotario tomar nueva venganza de los atentados cometidos por Amalarico contra Clotilde, y entrados en España pasaron á sitiár á Zaragoza, y ocurrió lo que refiere nuestro autor en la página 203; pero añaden nuestros historiadores con

Tambien en España comenzaron los bárbaros á conocer y acercarse á la verdad. Habíanse establecido en Galicia hacia mas

San Isidoro, que al regresar á Francia se vieron los francos en los mayores apuros por haberse apoderado Teudiselo de las hoces, estrechuras y pasos de los Pirineos, como dice Mariana. Es el caso que el rey Teudis, á causa de tener menos fuerzas y de estar desapercibido de todas las cosas, temia presentar en campo abierto la batalla y pretendia con aquella ventaja de lugar por medio de Teudiselo escarmentar á sus contrarios. Sucedió como esperaba: pues los francos fueron en aquellas estrechuras cercados por todas partes, maltratados y destrozados en tanto grado que compradas las treguas á dinero, apenas últimamente permitiéndolo Teudiselo pudieron pasar aquellos montes y salir á campo raso. A esta guerra se siguió una peste que duró dos años, y causó muchas víctimas en nuestra España.—Teudis, ora por deseo de satisfacerse de la afrenta recibida, ora por pretender distinguirse y cobrar nueva fama con alguna accion notable, ó mas bien, en sentir del P. Mariana, por ayudar á los vándalos que ya de tiempo atrás corrían peligro en el imperio de África, pasado el estrecho de Gibraltar, él ó su ejército, pues S. Isidoro no lo declara, puso cerco á Ceuta, ciudad de Africa frente de España, y la estrecharon grandemente poniéndola en grande aprieto. Pero llegado el domingo, los godos que aunque arrianos tenían todavía respeto de no derramar sangre en día tan particularmente dedicado á nuestro Redentor que la vertió por nosotros, cesaron en el combate. Esto que vieron los romanos, que eran los sitiados, hicieron de improviso una salida, y cogiéndolos desarmados y en descanso, hicieron tan grande matanza en ellos que dice S. Isidoro que no escapó uno solo de los que estaban en tierra que pudiese traer á España la nueva de tanta desventura y estrago: el rey, con parte del ejército se salvó en la armada que tenía en el mar y le fué forzoso volver á España. Sucedió esto al mismo tiempo en que, como ya se dijo en el texto de nuestra historia, Belisario, enviado por el emperador Justiniano, quitó el África á los vándalos que habían sido señores de ella por espacio de cien años.—La muerte de Teudis ocurrió en el año 548, siendo muy notable lo en ella acaecido. Un hombre, no se sabe por qué causa, se empeñó en matar al rey ó morir en la demanda. Para lograrlo se fingió loco, y habiéndole dejado entrar donde estaba el rey, le arremetió y atravesó con una espada. Teudis entonces, en los momentos que sobrevivió, confesó que este lance era justa venganza de Dios por la muerte que él en otro tiempo habia dado á un capitan suyo, á cuyas órdenes militaba en su mocedad y á quien habia jurado ser fiel. Llegó á tal grado sudolor, que mandó no se hiciese daño alguno al que le acababa de asesinar. Con este rasgo acabó la vida este príncipe de quien los historiadores hacen los mayores elogios, y á quien S. Isidoro alaba especialmente por su benignidad con los católicos; pues á pesar de ser arriano los dejaba en plena libertad para reunirse en Concilios y hacer todas las demas prácticas religiosas. Muerto Teudis, eligieron los godos á Teudiselo; hijo de una hermana de Tótila rey ostrogodo de Italia, el cual se habia adquirido un gran nombre siendo general de Teudis, especialmente en la guerra con los fran-

de ciento cincuenta años los suevos, secua-
ces del arrianismo, como casi todas aque-

cos, segun mas arriba dijimos; pero en breve lo os-
cureció con sus perversas costumbres. Aunque nunca
persiguió á los católicos por causa de la Religión, abu-
saba no obstante de su poder, y vino á hacerse el tí-
rano de sus pueblos, inmolando innumerables vícti-
mas á su avaricia y crueldad y á su desenfrenada lu-
juria. No podía ser duradera tal violencia; y así cuando
destinaba á muchos nobles á la muerte, fué preveni-
do por ellos, pues le cosieron á puñaladas en un
convite que le dieron en Sevilla con este fin. Sucedió
esto segun lo cuentan San Isidoro, San Gregorio Tu-
ronense, San Julian y otros autores de aquellos tiem-
pos, á fines del año 549, habiendo reinado Teudiselo
diez y ocho meses y trece dias. — Durante este rei-
nado, adquirió mayor celebridad el milagro que
obrabá Dios todos los años en la fuente bautismal
de Oset, lugar cercano á Sevilla, que Rodrigo Ca-
ro supone ser S. Juan de Alfarche. El Jueves Santo
cerraba el obispo católico y sellaba con toda di-
ligencia á la vista del pueblo el lugar del baptisterio,
y el Sábado reunidos á su alrededor el obispo, los
ciudadanos y todos los catecúmenos que debían ser
bautizados, registraban primeramente los sellos y
despues abrian las puertas. Encontraban siempre en-
teramente llena la piscina que habian dejado vacía, y
veían fluctuar las olas de una á otra parte sin que se der-
ramase una sola gota. Despues que el obispo bendecía
aquella agua, tomaban los del pueblo un vaso lleno
para llevarlo á sus casas, no solo para su defensa, sino
tambien para bendecir sus campos y cosechas; y
cuéntase que aunque se llenasen innumerables vasos,
no principiaba á disminuir el agua sino despues del
bautismo del primer catecúmeno, y cumplida la sa-
grada función desaparecía toda de repente, sin que se
supiese ni se pudiese advertir jamás cómo entraba ni
cómo salía. El rey Teudiselo, aun antes de ser rey,
móvido por la fama de este milagro y sospechando
alguna superchería, puso una y otra vez guardas
al templo, y esto no obstante el milagro se repetía.
Mandó, por último, que se hiciese al derredor un
foso de veinticuero pies de ancho y otros tantos de
profundidad; mas estando ocupado en esto, fué muer-
to por los suyos, cumpliéndose empero como antes
el prodigio, y sirviéndose de este modo el Señor de
la incredulidad de aquel príncipe arriano para hacer
mucho mas ostensible su poder en confirmacion de
la verdad católica y confusión de la heregia. Gregorio
Turonense refiere otros varios milagros acaecidos en
este mismo templo.

Para suceder en el reino á Teudiselo fué elegido
Agila por los principales godos, y gobernó cinco años
y tres meses; pero no parece que contentó á to-
dos. Desde principios de su reinado se pronun-
ció contra él la ciudad de Córdoba; púsole siti-
o, y llegó á estrecharla sobremanera; mas ha-
biendo hecho servir de caballeriza la iglesia de San
Acisclo, sita estramuros, se enardecieron los cordo-
beses, invocaron á su santo patrono, é hicieron una
salida tan valerosa, que derrotaron al ejército godo,
mataron al hijo de Agila, y este huyó con pocos á
Mérida dejando todo su bagage en poder de los ven-
cedores. Por esta afrenta y revés comenzó á ser des-
preciado, como dice San Isidoro, y las demas ciuda-
des fueron siguiendo el ejemplo de Córdoba. Alzóse
contra él Atanagildo, que debía ser algun capitán
de su ejército; y para salir adelante con su levan-

llas naciones septentrionales (a). Su rey,
Teodomiro habia oido hablar mucho de los
innumerables milagros que se obraban en el
sepulcro del gran San Martin, y habiendo
caído enfermo su hijo, y llegado á tal estado
de languidez que siendo inútiles todos los
recursos humanos, opinaban inevitable su
muerte, quiso el rey imponerse mas á fon-
do de la vida y obras del Taumaturgo de
las Galias (1). «Deseo que me digan, escla-
mó un dia en medio de sus cortesanos,
quién era este célebre Martin, de quien se
refieren tantos milagros, y qué religion pro-
fesaba.» Le contestaron que era un obispo
de Tours, que habia enseñado á su pueblo
que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo de-
ben ser adorados como el Padre, por ser de
la misma sustancia. En el mismo instante
mandó preparar tanto oro y plata como pe-
saba su hijo, y dijo á algunos de sus cor-
tesanos: «Llévese este donativo á Tours, y
si este obispo tan célebre cura á mi hijo,
yo abrazaré la fé que él defendió.» Los en-
viados cumplieron con su comision, y con-

tamiento escribió al emperador Justiniano, ofrecién-
dole entregarle no pequeña parte de España para
que volviese á la obediencia de los romanos (que
así seguian llamándose todos los que eran súbi-
ditos del emperador de Constantinopla), si le ayu-
daba y protegía. En efecto, vino de la Galia ro-
mana Liberio y es muy probable que tambien vinie-
sen de África tropas romanas; con estos socorros dióse
la batalla cerca de Sevilla, y quedó victorioso Atana-
gildo y derrotado el ejército de Agila. Considerando
entonces los godos que ellos mismos se estaban des-
truyendo entre sí con estas discordias y temiendo se
aprovechasen de esto los romanos para volverse á en-
señorear de toda la tierra, acordaron matar á Agila y lo
efectuaron en Mérida el año 554, y proclamaron por
su rey al ya citado Atanagildo, quedando así este por
señor y rey de los godos. Ignórase qué plazas y ciu-
dades concediese á los romanos en cumplimiento de
la oferta que les hizo y del auxilio que le prestaron.
(N. del E.)

(a) Recordarán nuestros lectores digimos ya en
su lugar que el arrianismo se introdujo entre los
suevos hácia el año 467, cuando Remismundo su rey
se casó con la hija de Teodorico que era arriana, con
la cual vino Ayace, el cual introducido por la reina
en la gracia del rey pervirtió á este y á la nacion,
que hasta entonces profesaban el catolicismo.
(N. del E.)

(1) Greg. Turon. de mirac. S. Mart. lib. 1,
cap. 11.

taron al rey que habian sido testigos de
muchos milagros. Sin embargo, el príncipe
enfermo no sanaba, y á vista de esto el rey,
en quien la gracia iba obrando paso á paso,
entendió que su hijo no recobraría la salud
mientras él mismo no principiase por abju-
rar el error. Levantó desde luego una mag-
nífica iglesia á San Martin (a), ofreció que
si lograba algunas reliquias suyas creeria
todo lo que habia enseñado, y volvió á en-
viar al punto á Tours otros comisionados á
pedirlas.

Segun costumbre no quisieron darle otra
cosa sino unos lienzos puestos algun tiempo
sobre el sepulcro; y pidiendo los enviados,
que á lo menos se les concediese poner por
sí mismos lo que querian llevar, se les otor-
gó. Tomaron, pues, una larga pieza de seda
y la pesaron antes de esponerla, diciendo
con aquella simplicidad que en otro tiempo
habia obtenido un milagro de la misma na-
turaleza á favor de un juez de Israel: «si
hallamos gracia en vuestra presencia, oh
poderoso patrono, haced que esta tela pese
mañana mas que hoy, y será para nosotros
una reliquia preciosa.» Velaron toda la no-
che, y á la mañana siguiente pesaron la tela
en el mismo peso, el que se levantó con
rapidez todo lo que el fiel de la balanza po-
dia subir. Estremada fué entonces su ale-
gría; se llevaron la reliquia cantando las
alabanzas divinas con las del siervo del
Señor. Cuando pasaban por delante de las
cárceles, los presos invocaron con fervor al
santo Taumaturgo, y al punto se rompie-
ron sus cadenas, se abrieron las puertas, y
mas preocupados de su agradecimiento que
de su libertad, corrieron á postrarse ante las
reliquias, entonando alabanzas á su liberta-
dor. El obispo hizo ratificar su perdon por

(a) Segun Morales y otros autores es bastante
fundada la conjetura de los que creen que este tem-
plo fué la catedral de Orense que está dedicada á San
Martin de Tours.
(N. del E.)

la autoridad civil, que creyó no debía ne-
gar lo que la divina clemencia concedía de
un modo tan visible. Los suevos, que re-
gresaron por mar, tuvieron la navegacion
favorable; y la cura que solicitaban fué tan
pronta, despues de la última prueba de su
fé, que restablecido perfectamente el jóven
príncipe salió á recibirlos. Cumplió su pala-
bra el rey Teodomiro, y se convirtió con
todo su pueblo, que tomó tal afecto y amor
á la verdadera Religión, que no aspiraba
mas que á la felicidad de sufrir el martirio.
Obráronse otros muchos milagros por me-
dio de las nuevas reliquias, principalmente
con los leprosos, de los que se contaba un
gran número en la nacion de los suevos.

Lo que San Martin de Tours acababa
de principiar, otro San Martin natural de
Panonia como el primero lo llevó á felice
cima (1). Habiendo visitado los Santos Lu-
gares y conseguido mucha esperiencia en
los caminos del Señor en sus viages y con-
ferencias con todos los grandes siervos de
Dios, la Providencia lo condujo á Galicia al
mismo tiempo que llegaban las reliquias (2).
Habia elegido el Señor á este digno instru-
mento, una de las mas brillantes lumbreras
de su siglo, para instruir á los suevos conver-
tidos, para escribirles libros de piedad, para
regir y consolidar sus iglesias y para levan-
tar allí monasterios (a). Edificó uno de los

(1) Fortunat. lib. 1. carm. 1 et seq.

(2) Isidor. de viris illustr. cap. 35.

(a) Parece permitió el Señor que así como un
hombre venido de Asia, Ayace, pervirtió á los sue-
vos, así otro hombre, San Martin de Dumio, veni-
do tambien de Asia los volviera al recto camino
del catolicismo. San Martin era natural de Hun-
gria ó Panonia; sin duda por espíritu de piedad
pasó á Palestina, se hizo monge, recorrió diver-
sas provincias de Oriente y se dedicó con mucho
esmero al estudio de las divinas letras. Sea por in-
spiracion divina, sea por haber tratado con algunos
españoles y sabido el infeliz estado en que en pun-
to á Religión se hallaban los suevos, ello es que vino á
Galicia; y en ella, dice Mariana (lib. 5, cap. 9), «dió gran
muestra de su bondad y sabiduría; de su erudicion la
dan bastante los libros que escribió, su mucho lustre y
elegancia de palabras, las hermosas sentencias de que
están esmaltados. Anda un tratado suyo de ira, otro